

A black and white photograph of a snowy landscape. The scene is dominated by a thick layer of snow, with several dark, bare branches protruding from it. The branches are thin and spindly, creating a stark contrast against the bright white snow. The lighting is soft, creating a gentle gradient from the foreground to the background. The overall mood is quiet and contemplative.

cooperar con lo inevitable
ignacio llamas







A black and white photograph of snow-covered tree branches. The branches are dark and intricate, with snow piled up on them. The background is a soft, out-of-focus white, suggesting a snowy landscape. The text 'cooperar con lo inevitable' is overlaid on the left side of the image.

cooperar con lo inevitable



Ignacio Llamas

textos de Esther Cánovas Molina





Todo es blancura
como la luz que nos revierte.

Callada entrega que nos lleva
de camino a la unidad.

Aquietarse en la paciencia
como la nieve que se posa.

Ir dejando que se borren
los contornos que nos hacen.

Volver, por un segundo,
al lienzo intacto del comienzo.

Ausencia plena donde todo se funde
y puede todo volver a descubrirse.











Vivo autocontenida. En mi nombre. En mi cuerpo. En mi límite. Pero Ser no tiene.
Nada. Ni palabra, ni cuerpo, ni límite. Instante a instante existe y yo escojo:
separarme o unirme.









A veces basta una presencia mínima, la amabilidad de un gesto neutro, para deshacer la escarcha donde nos protegemos. Regresando en sí, el ser adormecido. Témpano que gotea, aún en su sueño. Recobrando el alma su lugar perdido: la calidez.





Te enseñó a hacer pan porque yo sé
que no hay más lugar donde encontrarse
que el instante en que el vivir nos obra.

Instante intacto, como éste:
espolvoreando harina juntas,
salpicando de júbilo una mesa
donde nos damos forma.

Mañana llegará el mañana.
Tantos días y sus noches.
Ser, mientras te aprendes.

Ser, una verdad que no se alcanza
y va quedando hecha a tu medida.

Amasar, con la infinita materia de existir
el constante descubrimiento de ti misma.
Un alimento.







Comprender no se hace con la razón,
pues la razón es llena.

Comprender es la medida del hueco
con el que albergamos.

Cuanto más vacíos,
más inmensos.







No es posible hacerme,
pues hacerme no existe:
Soy.

Toda y Una Soy.

No puedo aspirar a ser,
como no puedo ser más.

Pero me desconozco.
Por eso me busco.









El tiempo cristaliza
y te hace forma.

Un borde hermético
donde te repliegas,
cada vez más duro
y más inmóvil.

Pero, ¿cuánto
aún por desplegarse
en tu interior se agita
queriendo deshacerlo?





Soy, en la luz, una sombra. Sigo mi rastro y me lleva la sospecha. La duda resquebraja mi velo y entonces atisbo. Tenencia que cae. Resquicio que me abre.

Despertar es a ciegas.





Tengo nombre y estoy ciega. Tengo nombre como quien tiene un convencimiento.
Pero busco la verdad. Y la verdad es que no puedo recordarme.



Ser no se comprende.
Ser es. Pura presencia de todo.

En un haz.
Un resuello.
Una brizna.

Para nosotros un instante fugaz,
pues nosotros somos los cercados.





Ser es tan grande que no quiero su medida. Solo, empequeñecer. Y no sé cómo rendirme. Saberme, tan diminuta y tangible y tan humana, por fin en sus pliegues. Recogerme, no en mi miedo, sino en su mano. No en mi alcance, sino en su silencio.











Para que corra la vida es necesario un cuerpo. Un cuerpo donde haga cauce, con su amplio curso, la existencia. Mas existen cuerpos cerrados. Cuerpos que no abren. Cuerpos que no rompen su cuerpo. Cuerpos que estancan. En los que el tiempo se pudre. Sin gritar. Pero respiran. Cuerpos que van, con el gesto quieto, gestando la tupida criatura de su asfixia. Con la mirada rígida. Los ojos no nacidos. La piel endurecida. Mientras. Sus glándulas se secan. Mientras. Sus días se hacen piedra. Mientras. El tiempo pasa y la vida no sucede.

Me tuve allí. Un rigor mortis. Un cuerpo ajeno al flujo y a la afluencia. Impenetrable. Intocado. Estricto. Donde el ser ha dejado de invocarse.



¿Para qué, la nitidez? Rigidez con que una imagen pesa, capturada, incapaz de elevarse más allá de su pronóstico. ¿Para qué la exactitud de forma, definirnos? Limitar la natural incertidumbre que subyace en lo vivo. Como si pudiéramos evitar la crecida o el derrumbe. La inestabilidad con que ser nos manifiesta. Errar. ¿Acaso ser no se hace temblando y con la duda? Con el cambio. En los umbrales. Y ¿no es difuso? ¿Qué forma abrazaría lo infinito sin quebrarse? Ser mueve el contorno que se quería preciso, transformándonos, para que todo ensanche. Para que Todo vuelva.









Uno es su verdad, aunque no pueda verla. Va tras su verdad, sin llegar nunca. Uno sólo puede acercarse a su verdad conociendo la ceguera que es sí mismo: todo cuanto es y no está siendo. No puede llegar a ver. Va, sin ver, desvelando aquello que lo cubre: todo cuanto cree y no existe. Pero presente: luz, más allá de la opacidad donde se conoce y vive autocontenido.





Estamos perdidos y no solos.
Acogidos en la luz, pero ciegos.









Desolado, es solo de Uno mismo. Escindido de Sí, en sí. Una presencia que nadie acoge. Una presencia que solo aqueja. Querencia de extrañar lo que se es, pero se olvida. Como un terror a perderse, ya perdido. Uno, roto. Uno sin uno.













Dices lo que eres, como si te supieras. Como si, a base de precisarte en el lenguaje, pudieras sujetarte ¿A qué? Como si la concisión fuera estable y pudieras con ella en ti reconocerte. Confirmar tu existencia en el tiempo. Asegurarte, en el pasado o el futuro. Lo que dices ser te sitúa en un escenario hipotético o caduco. Cuando te dices ser, no estás siendo: solo te sueñas. Porque del humano es el soñar. Y de la Luz es lo despierto.





Clavos:

Lo ajeno. Lo aprendido. Lo soñado.

En este cuerpo de repetición,
que inhala y no halla el aire.

En este cuerpo no nacido
aún, que se resiste.

Uno a uno,
encontraré el modo de arrancarlos.

Por decir que caí: que, por fin,
me tuve en pie frente a los miedos.

Sin sujeción, mi cuerpo entregado.
Para que todo sea salvado en la caída.



Morir es el temor.
Anticipar la caída.

Pero ¿Qué podría caer
sino la ilusión del fin?

Donde un cuerpo se acaba,
el amor todavía se expande.





Nacer fue una separación. La fragmentación de un cuerpo en dos cuerpos. Pero incluso antes de nacer, ser ya era una fractura: la división de la primera célula. Del Uno en uno. Inmediatamente después de la creación sucede la pérdida. Irremediable.

Ser uno mismo es el principio de todas las ausencias. Un ir desprendiéndose de lo amado hasta lo irreductible. Hasta deshacer lo amado. Hasta deshacerse.

Hasta que solo quede el amor que nos integra.





Soltar. Soltarse. Como dejarse envolver por el vacío. Como si el vacío fuera un regazo donde caer. Como si caer fuera olvidarse de lo propio. Como si lo propio pudiera dejarse en unas manos invisibles. Como si dejarnos sostener por lo invisible nos volviera ingravidos. Como si la ingravidez consistiera en darnos, sin el miedo, a lo desconocido. Como si lo desconocido fuera, en realidad, lo que nos acoge. Como si lo que nos acoge fuera un misterio que nos ama. Como si su amor fuera más grande y certero que nosotros. Como si nosotros fuéramos más ciertos cuanto más nos entregamos. Como si al entregarnos se hiciera la confusión que nos angustia. Como si la angustia fuera el peso que antes nos llenaba. Y, sin él, pudiéramos volver a unirnos. Volver, vacíos, al vacío. Ser uno con el Uno.





El ojo no hace la luz. La interpreta.
Inventa una visión entorno a él mismo.

La luz no hace al ojo. Se propaga
más allá de toda perspectiva.

El ojo crea formas que luego cree.
Se aferra a su percepción
y no a la verdad.

Pero nosotros podemos cerrar los ojos.

Abrirnos a conocer lo que nos ve,
más allá de nuestros juicios:

la inocencia.



No se puede vaciar sin habitar primero un lleno. Es el contorno elegido para caer. Lo que se resta de lo que había, lo que otorga significado a un vaciamiento. Un vacío es un lleno de sus propias ausencias. Sin ellas, nada.





Perdido el detalle,
lo que queda.

La bravura del instante.
La intemperie que se es
a refugio en la mirada.





No puede caer lo que ha perdido su peso.



El silencio es la llamada
a decirse lo sin ruido.



Lo que se Conoce
rompe la línea:

La desconfianza-necesidad
de hacerse inteligible.





Arduamente me hago.
Arduamente deshago mi conocimiento.



FUNDACIÓN ANTONIO PÉREZ

Presidente de Honor: Antonio Pérez
Presidente: Álvaro Martínez Chana
Vicepresidenta: María Ángeles Martínez Hernández
Director: Jesús Carrascosa Sariñana
Secretario: Isidro Díaz Moreno
Conservadora Jefa: Mónica Muñoz Bascuñana
Conservadora FAP | Museo Obra Gráfica: Mercedes de la Pola
Conservador FAP | Museo de Fotografía: Juan Membrillo
Biblioteca: Santiago López
Administración: Judith Martínez
Programa Educativo: Eva Guzmán
Diseñadora gráfica: Begoña de Pablo
Equipo de Montaje: Juan José Mantecón, Angustias Cólliga

www.fundacionantonioperez.com
info@fundacionantonioperez.com

Centro de Arte Contemporáneo. Cuenca
Ronda de Julián Romero, 20 • 16001
Cuenca • Tel. +34 969 230 619

Museo de Obra Gráfica. San Clemente
Plaza Mayor, s/n • 16600. San Clemente
Cuenca • Tel. +34 969 301 200

Museo de Fotografía. Huete
C/ De El Cristo, 5 • 16500 • Huete
Cuenca • Tel. +34 628 619 322

Centro de Arte La Plazuela. Sigüenza
Plaza Mayor, 4 • 19250 • Sigüenza
Guadalajara • Tel. +34 949 347 00



Protector Miembro de Honor



Fundación Globalcaja

Protector Corporativo/Institucional



Mota & Vignolo
Arquitectos, S.L.P.



Cerveza
Dawat



Segur Torralba
Correduría de Seguros



Julián Soler, S.A.



Servinet

Edita

Fundación Antonio Pérez/ Diputación de Cuenca

Concepto y diseño

Ignacio Llamas

Fotografías

Ignacio Llamas

Texto

Esther Cánovas

© de las fotografías: Ignacio Llamas

© del texto: Esther Cánovas

ISBN: 978-84-16463-56-5

DEPÓSITO LEGAL: CU 90-2024







fundación antonio pérez
diputación de cuenca